

**A PIE  
DE CALLE**CATALINA  
**Gayà**

JAVIER CARBAJAL



► Una cámara de videovigilancia en la fachada del Museu d'Art Contemporani de Barcelona, ayer

## «¿Se siente observado?»

**D**os patrullas de los Mossos d'Esquadra llegan violentamente a la plaza de George Orwell. Se encierran en un establecimiento y hasta bajan la persiana. Ningún vecino se sorprende más «de lo normal». Frente al restaurante, unos metros más arriba, hay un objeto negro y redondo que se camufla entre los cables: es una cámara de videovigilancia y está grabando.

El ayuntamiento la instaló en el 2001. Entonces, hubo un debate ciudadano sobre los límites entre la seguridad y el derecho a preservar la imagen. Era una ironía, como mínimo literaria, que la cámara estuviera en la plaza de George Orwell. Once años después, las cámaras –públicas y privadas– proliferan por Barcelona y el debate ya no existe.

¿Se siente observado? La respuesta en la plaza de George Orwell es: «No». El propietario del edificio donde está una de las cámaras asegura que su vida y sus movimientos son los mismos «con y sin cámara». «Hay menos tirones», explica.

El problema, según él, no es que haya un gadget que registre todo aquello que pasa a 500 metros de distancia. Según este vecino, que prefiere que su nombre no aparezca en

una página de periódico, el verdadero problema es «la miseria y el comportamiento de algunos vecinos». «Hay quien aún tira la bolsa de basura por el balcón, pero en el barrio se vive bien», asegura.

«La cámara? «Como si no estuviera». **Cristian**, camarero de un bar de la plaza, dice lo mismo. «Cuando empecé a trabajar aquí, sí lo pensé: 'Me están observando'. Ahora ni me acuerdo. No sé si realmente sirve de algo», dice.

**Pese a que hay más vigilancia en la calle, ya no hay un debate sobre los límites**

**Rubén Fogués**, que trabaja en una tienda de degustación y venta de jamón ibérico, habla unos segundos de la cámara. Luego explica que su pasión es la fotografía. Durante un año siguió la historia de **Salvador Puig Antich**. Se emociona con la historia. ¿Las cámaras? De nuevo: «Como si no estuvieran».

La videovigilancia ya es solo una parte más del Gran Hermano 2.0 que observa y vigila la ciudad. «La arqui-

tectura del miedo», de la que escribe **Zygmund Bauman**, ya es una realidad en Barcelona, pero está tan integrada en el día a día y en el imaginario ciudadano que pasa inadvertida.

Las cámaras de videovigilancia estáticas se camuflan en el paisaje urbano y, pese a los carteles, eso las invisibiliza. Son negras si están entre cables. Blanquecinas, en fachadas blancas. Sinuosas en paredes ondulantes como las del Macba.

Pero en el espacio público no solo hay cámaras estáticas. Los agentes de la Guardia Urbana ponen multas con una PDA e identifican a grafiteros por la memoria tecnológica de las firmas. En los parques, hay cámaras que transmiten imágenes día y noche. Y, desde el 2005, los mismos ciudadanos son ojos cívicos ambulantes. Por mail o por teléfono se pueden poner en contacto con el ayuntamiento y su petición, queja o denuncia alimenta la gran base de datos que, otra ironía, lleva por nombre Iris. Dicho programa convierte a los ciudadanos en observados y observantes.

Ayer, buscando más cámaras, esta cronista se dirigía a la plaza del Macba. «¿Se siente observado?», era la pregunta que esta cronista formuló a ocho personas. «No». Un chico aparcaba una bicicleta. La cronista le preguntaba por las cámaras: «No me importa». Le preguntaba si está preocupado por el historial de movimientos que supone desplazarse por la ciudad en esas bicicletas: «Tampoco». Se alejaba desconfiado. ■



apiedecalle@elperiodico.com